

PERF.—(Abrazándole.)—Comprendo tu situación, la comprendo.

J. ANT.—Realmente es una miseria y una felonía que se comete con esa criatura.

PERF.—No te apures, no te apures. ¿Te tuteo, verdad?

J. ANT.—Bueno...

PERF.—Y no pienses que va a tener una pena muy horrible con la noticia.

J. ANT.—¿No?

PERF.—No. Ya hemos descontado, ella y todos, que no darían más que lo absolutamente preciso para cumplir lo que se les ordena en el testamento.

J. ANT.—Pero ella, ¿tiene algo más para vivir?

PERF.—Sí, hombre, tiene su corazón, su bondad y su carita preciosa. No son hipotecas, pero son bienes.

J. ANT.—Eso sí.

PERF.—A mí me gusta mucho. Es del tipo de las mujeres que fueron mi debilidad cuando yo era fuerte. Yo no he sentido nunca una gran atracción por las estatuas ni por las líneas majestuosas, sino por las caras expresivas y móviles... vamos, a mí me gustaron siempre esas que salen mal en los retratos.

J. ANT.—Es un gusto, sí, señor.

PERF.—¿Y a tí?

J. ANT.—A mí, todas.

PERF.—¿Y para los demás el resto...? No es ninguna exageración la tuya, y esa ideita ya la hemos tenido varios...; pero desdichadamente, al llegar la hora de la formalidad, es menester decidirse por una sola.

J. ANT.—Eso, claro, pero mientras me llega el turno... ¡ancha es Castilla!

PERF.—¿Ancha es Castilla? Tienes razón; sí, es ancha.

J. ANT.—Llevo ya muchos días encerrado en el pueblo. Ahora a Madrid una temporada, y después ya veremos a dónde. Habrá que darle aire a los cuartos que se pescan.

PERF.—Yo creía que alguien te detuviera en Villalinda.

J. ANT.—¿Alguien? ¿Paz?

PERF.—Paz.

J. ANT.—Es una mujer encantadora. Llevo de ella un buen recuerdo, y siempre que necesite de mi amistad la ha de encontrar.

PERF.—¿Amistad, Juan Antonio?

J. ANT.—Nada más: grandísima, sí, pero nada más. Es una muchacha muy mona, muy agrada-

ble y con la que he charlado complacidísimo; pero usted reconocerá que yo, por las circunstancias, decentemente, no podía intentar cosa alguna fuera de ese terreno.

PERF.—Pensando en casarte...

J. ANT.—Pero como no pensaba en eso, me guardé mucho de dar ocasión a murmuraciones que la perjudicaran.

PERF.—Ha hecho usted perfectamente.

J. ANT.—Era un deber elemental.

PERF.—Que ha cumplido usted como buen caballero.

J. ANT.—¿No me tutea usted ya?

PERF.—(Sonriendo.)—Lafalta de costumbre... se equivoca uno... (Serio.) ¿Y no teme usted que haya podido ver ella en la asiduidad de usted...?

J. ANT.—Hágame usted el favor de no considerarme tan fatuo que la crea enamorada porque hablásemos unas cuantas tardes, máxime cuando Paz no ha tolerado nunca galanterías ni bromas de cierta índole.

PERF.—¿Y si lo estuviera?

J. ANT.—¡Se engaña usted! Pero aun admitiendo ese caso inverosímil, yo no voy a contraer matrimonio sólo por no disgustar a una

señorita, aun siendo tan digna y tan merecedora de todo como lo es Paz.

PERF.—Eso es muy lógico, sí señor. Y conste que no fué más que una gana de hablar...

J. ANT.—Ya, ya. ¿Se ha metido usted a casamentero?

PERF.—¿Yo...? No. Mi carácter se amolda mejor con las distracciones pacíficas. Ya ve usted... ¡Tan contento con ser Albaceal!

J. ANT.—¡Ahí bien nos estrujó usted!

PERF.—Sí señor. Y a eso iré siempre muy gustoso. ¿Pero de casamentero? no, no va eso con mi carácter. Se lo juro a usted...

J. ANT.—Decididamente, ¿no me tutea usted?...

PERF.—Ya lo he intentado... y no puedo. Por lo visto, tampoco va con mi carácter. Dispéñseme usted, don Juan Antonio...

## ESCENA VIII

DICHOS: PAZ Y SATURNINO por la derecha.

PAZ.—Juan Antonio...

J. ANT.—Paz...

(Se saludan y hablan.)

PERF.—(Cogiéndolo del brazo.)—Ven, Satur-

nino, ven. Acabo de recibir una gran satisfacción. Creía tener la vista débil, cansada... ¡y no! veo mejor que todos.

SAT.—¿Por qué lo dice usted?...

PERF.—Me disputaban, me porfiaban que en el bando de buitres venía un halcón... ¡y no! venían buitres solamente. Anda, Saturnino, anda: se aproxima el instante de la adjudicación y deseo repasar la copia del testamento, porque voy tras de una idea.

SAT.—¿Una idea de qué?...

PERF.—De zorro. Anda, Saturnino, anda.

*(Llevándose, mutis por la derecha.)*

## ESCENA IX

PAZ Y JUAN ANTONIO

PAZ.—Siéntate...

J. ANT.—Vengo de mensajero y con una comisión enojosa que no puedo eludir...

PAZ.—¿De la herencia? Pues no frunzas el ceño, Juan Antonio. Ya sé, perfectamente, a lo que debo atenerme, y unos céntimos más o unos céntimos menos no varían la situación.

J. ANT.—Pero ser yo el encargado de traerte malas nuevas me mortifica...

PAZ.—No te disgustes por mí. La casa tiene una huerta magnífica, y a mal dadas, el régimen vegetariano dicen que es el más higiénico. ¡Mira por dónde voy a salir ganando en salud!...

J. ANT.—¿De veras no lo sientes?

PAZ.—¿No pretenderás que me cause un regocijo muy grande el que se lo lleven todo?... pero maldecir o revelarme... tampoco. El disgusto ya lo tuve... y ya pasó. Ahora no lo tengas tú para transmitirme al acuerdo.

J. ANT.—Es una miseria tal, ¡que avergüenza el decirlo!

PAZ.—No es culpa tuya...

J. ANT.—¡Eso no! ¡Te he defendido como una fiera!

PAZ.—Pues entonces, dilo y acaba el mal rato.

J. ANT.—Te dejan cinco mil duros.

PAZ.—¿Cada uno?

J. ANT.—Entre todos.

PAZ.—Bien... *(Pausa breve: serenándose.)*—Iremos al régimen vegetariano.

J. ANT.—¡Calla!

PAZ.—¿Encuentras peor decirlo que pasarlo?...

Pero cambiemos pronto de tema, que yo aún no sé de nadie a quien le hayan valido de algo sus lamentaciones, y no voy a ser la excepción. (*Cambiando de tono.*) Y tú, ... ¿qué? ¿contento?

J. ANT.—Lo sabré cuando me respondas, que yo no hubiera venido a verte con el único bagaje de una mala noticia, y hasta ahora lo que estoy es rabioso conmigo mismo.

PAZ.—(*Un poco azarada ya, mirándolo sin atreverse a mirar.*)—Siendo para que tú no rabies, claro que te escucharé...

J. ANT.—Y hay que aprovechar la oportunidad, porque mañana marcho a Madrid.

PAZ.—(*Ya nerviosa.*)—Entonces...

J. ANT.—¿No te parece?

PAZ.—No sé... (*Sonriendo forzosamente.*) No sé lo que me parecerá, hasta que tú lo digas.

J. ANT.—Pues óyelo. ¿En tí no habrá, ni la duda siquiera, de que yo te profeso una gran amistad? Contesta.

PAZ.—No.

J. ANT.—¿Cómo que no?

PAZ.—No; que no dudo: es como si, que si lo creo...

J. ANT.—Lo que un día te dije de ampararte, hoy lo repito con la misma buena voluntad y

con el mismo deseo firme de cumplirlo. En cualquiera ocasión y por cualquier motivo que me necesites, no tienes más que poner una línea y estaré a tu lado.

PAZ.—(*Con un poquito de angustia*)—¿Una línea? ¿Escribir?

J. ANT.—O telegrafiar.

PAZ.—(*Desconcertada*)—Sí, telegrafiar... Gracias, gracias.

J. ANT.—Y tengo también la pretensión de creerme que no soy un extraño para tí. ¿Lo soy?

PAZ.—Sí...

J. ANT.—¿Cómo que sí?...

PAZ.—Que sí haces bien en figurártelo: es como no: que no eres un extraño.

J. ANT.—Pues vamos a demostrar eso, pidiéndote un favor. Si lo concedes, será señal de tu aprecio: si lo niegas o lo discutes, será que no correspondes en igual medida que la mía.

PAZ.—(*Deshojando nerviosamente las flores.*)—No sé, Juan Antonio...

J. ANT.—¿No lo sabes, Pacita?...

PAZ.—Puede que lo sepa... pero no te voy a contestar antes de que me preguntes.

J. ANT.—Después... y me basta. Aunque yo he

prometido que te defendería, y te defendí con todas mis fuerzas, los resultados han hecho traición a mis propósitos y a mis esfuerzos, y no logré para ti lo que legítimamente deseaba y lo que te era debido en conciencia. ¡Total, esa mezquindad de los cinco mil duros!

PAZ.—Si vieras qué poco pienso en ellos ahora...

J. ANT.—Pues hay que pensarlo, que la vida es muy dura. El favor que te pido, y que tú no me negarás, Pacita, es que aceptes de mí otros cinco mil. ¿Los aceptas, Paz?

PAZ.—*(Que lo miraba ansiosamente, baja la cabeza, y niega con el gesto.)*

J. ANT.—No te puede ofender mi proposición. ¡Acéptalos, Paz!

PAZ.—*(Con el gesto, niega.)*

J. ANT.—Con la amistad nuestra, ese es un orgullo que no viene a cuento. ¡Acéptalos!

PAZ.—*(Con el gesto, niega.)*

J. ANT.—Yo no reclamo de tí que conserves una gratitud eterna por esta pequeñez, pero que me respondas siquiera si lo merezco, Paz.

PAZ.—Pues te respondo que estoy muy agradecida a tu generosidad y que no la acepto.

J. ANT.—¿Por qué?

PAZ.—Porque yo también soy generosa, porque la vida es muy dura, y porque no quiero privarle a tus diversiones de ese dinero.

J. ANT.—¿He debido dar más...?

PAZ.—¿Más? ¿Más dinero? *(Dándole la mano.)* Muchas gracias, Juan Antonio, y que lleves muy buen viaje.

J. ANT.—*(Sin aceptar la mano.)* ¿No los aceptas?

PAZ.—No.

J. ANT.—*(Enfadado.)*—¡Como quieras! Pero te juro que de tí esperaba todo, todo, menos que tomaras a ofensa un ofrecimiento leal y amistoso.

PAZ.—Pues si a juramentos vamos, Juan Antonio, yo te juro también que esperaba de tí todo, todo, menos dinero...

*(Los dos quedan inmóviles un momento: de pronto Juan Antonio avanza y la coge brusca- mente por la espalda.)*

J. ANT.—¡Mírame!

PAZ.—*(Defendiéndose.)*—¡No!

J. ANT.—¡Mírame! ¡Mírame! *(Cuando ella le mira.)* ¿Qué esperabas tú de mí?

PAZ.—*(Queriendo escapar.)*—Déjame..., déjame...

J. ANT.—(*Sujetándola.*)—¡No! Por segunda vez vuelve hoy la misma acusación contra mí, y no la tolero.

PAZ.—Nadie pudo decirte...

J. ANT.—¡Sí, pudo!

PAZ.—¡No puede ser!

J. ANT.—Don Perfecto ha sido.

PAZ.—¡No puede ser porque me dió su palabra de callarlo!

J. ANT. ¿Callar el qué?

PAZ.—(*Desconcertada por su involuntaria confesión.*)—¡Ay!

J. ANT.—Mira, Pacita, no juguemos a los despropósitos. Yo me precio de haberme portado lealmente contigo.

PAZ.—Sí, sí...

J. ANT.—Y de no haber dado ocasión para que te imaginaras que en mí existía algo distinto de la amistad.

PAZ.—No, no.

J. ANT.—¡Que no!

PAZ.—Que no, que sí, que no diste ocasión nunca para imaginarme nada.

J. ANT.—Pues a pesar de todo me lo dicen y yo necesito saberlo con fijeza. Hablemos claro.

PAZ.—¡No, claro no!

## ESCENA X

DICHOS por la derecha SATURNINO y PERFECTO que se asombra un poco y en seguida sonríe.

J. ANT.—(*Volviendo a sujetarla.*)—Muy claro. ¿Tú me quieres?

PAZ.—No, no...

PERF.—Sí, hombre, sí.

J. ANT.—(*Dejándola y volviéndose a Perfecto.*)—Le agradezco a usted su intervención, pero he de oírsele a ella y no a usted. ¿Me quieres? ¿Sí o no...?

PERF.—Contesta: tiene razón para exigírtelo.

PAZ.—Yo... yo... lo que dice don Perfecto.

PERF.—Que sí, que te quiere, y que está convencida de que la quieres tú.

J. ANT.—¿Es verdad, Paz?

PERF.—¿Extendemos un certificado?

J. ANT.—¡Contéstame!

PAZ.—¿Y tú?

J. ANT.—Yo... (*Atrayéndola con un arranque.*)—Con la predisposición que tengo lo que me sorprende es haber tardado tanto...

SAT.—(*A Perfecto.*)—Vió usted mal: era un halcón...

PERF.—No. Una rapiña..., pero joven. Le pasó el amor muy cerca y no supo resistir a la tentación de clavar la garra...

SAT.—¿La hará feliz?

PERF.—Supongo que sí..., y temo que no. Ya te responderé con exactitud dentro de unos años.

SAT.—(Yendo a ella.) Enhorabuena, señorita...

PERF.—Enhorabuena, Juan Antonio..., que tú eres el que ganas más.

J. ANT.—¿Ahora me tutea usted...?

PERF.—Sí. Por lo visto está en mi carácter...

J. ANT. Antes no estaba.

PERF.—Ni antes sabías tú a quien adorabas...

PAZ.—(Llevándose algo aparte a don Perfecto.) ¿Ve usted cómo hacia yo bien confiando en mi caballero andante...?

PERF.—Porque le gustas como mujer: esa es la razón, que las demás de poco te valdrían. Pacita, don Quijote era un loco: ahora son locos los que aguardan por un don Quijote.

PAZ.—¡Pues yo acerté!

PERF.—Acertaste. Tuya es la sabiduría.

## ESCENA XI

DICHOS, AMBROSIA por el foro.

AMB.—Señorita, ahí están.

PAZ.—Que pasen.

(Mutis Ambrosia.)

PERF.—Que pasen.

PAZ.—Renuncie usted a todo en mi nombre.

PERF.—Bien. Hazme el obsequio de marcharte unos minutos. Yo te avisaré.

PAZ.—Bueno.

(Mutis Paz por la derecha.)

PERF.—Quédate, Saturnino. Eras el apoderado de los bienes de don Santiago de la Iglesia: ahora te nombro apoderado de las almas de sus herederos.

SAT.—¿Y qué voy hacer con ellas?

PERF.—Lo que se te ocurra. Y si te dan algo, traspásalas; puede que en eso esté el negocio para ti.

SAT.—Puede.

## ESCENA XII

PERFECTO, JUAN ANTONIO Y SATURNINO por el foro. MATILDE, ANTOÁN, JACOBO Y JOSÉ.

MAT.—Buenos días.

SAT.—Buenos días.

JOSÉ.—¡A ver si terminamos!

PERF.—Sí, querido colega. Porque usted y yo somos colegas de excavaciones. Usted en piedras y en tierras, buscando los fósiles prehistóricos; yo en cuerpos y en almas, buscando las pasiones. Y lo curioso, lo curiosísimo, lo que más nos asemeja, mi distinguido y eminente compañero, es que yo a veces descubro en las almas muchos fósiles también. Hoy le enseñaré a usted varios.

MAT.—Vamos a las partijas de una vez, señor Sanjuanella.

PERF.—Vamos. Arreglado ya lo que ustedes bondadosamente me ceden...

MAT.—¡Lo que usted nos roba!

PERF.—Bien. Lo que ustedes bondadosamente se dejan robar: pasemos al último detalle previo. ¿Qué han destinado ustedes...?

ANT.—¿Para doña Paz? Mil duros cada uno.

PERF.—Diez mil duros cada uno. Bien.

MAT.—No, no, Mil, mil.

PERF.—Eso no es generoso.

MAT.—Usted dirá por qué lo íbamos a ser.

ANT.—¿Qué nos importa esa señorita?

JAC.—¿Ni qué obligación tenemos de generosidades?

JOSÉ.—¡Bastante se nos lleva usted ya!

MAT.—Y si don Santiago la quería, que don Santiago se lo hubiera dejado; nosotros, no.

ANT.—¡Exacto!

JOSÉ.—Exacto.

PERF.—Un momento, un momento. Mi opinión...

MAT.—No nos interesa.

PERF.—Mi opinión personal y particularísima, claro que no: mi opinión de albacea, claro que sí. Y yo les propongo a ustedes que con la misma bondad que para mí, cedan a esa pobre muchacha...

MAT.—Si usted le tiene mucho cariño, usted sabrá por qué...

ANT.—Y de lo suyo dele usted lo que le parece.

JAC.—¡De lo nuestro, no!

PERF.—¿Y quién habla de cariños al hacer



partijas? De negocio, señores, de negocio. No extraviemos la cuestión llevándola a un terreno sentimental, que sería impropio del adorado seis por ciento de usted, don Antolín.

MAT.—¡Acabemos!

PERF.—Para terminar, pues, propongo que deje cada uno diez mil duros... o que se lo dejen todo. Ustedes elegirán.

ANT.—¿Esto es una broma?

JOSÉ.—¿O es que usted se ha vuelto loco?

PERF.—Fijese usted en mi opinión de albacea, queridísimo compañero. La parte de usted es de cincuenta mil duros, menos mil para doña Paz: quedan en cuarenta y nueve mil. Pues yo le adjudico a usted los mil duros y a doña Paz los cuarenta y nueve mil.

ANT.—¡Usted no puede hacer eso!

PERF.—Al revés: yo debo hacer eso, si he de cumplir escrupulosamente lo que manda el testamento.

MAT.—¡No diga usted disparates!

PERF.—Yo no tengo la culpa de que ustedes no sepan leer.

JOSÉ.—¿Pero qué está usted diciendo, hombre?

PERF.—Saturnino, la cláusula de institución de herederos.

SAT.—(*Leyendo.*)—«Y en el resto de mi fortuna instituyo como herederos a mis hermanos y a mis sobrinos, rogando, y si fuera menester mandando, a todos y a cada uno, que de su parte dejen a doña Paz del Haro lo que ellos quieran...»

PERF.—¿Qué es lo que ustedes quieren de los cincuenta mil duros? ¿Cuarenta y nueve mil? Pues esos para doña Paz.

MAT.—El testamento dice lo contrario.

PERF.—No, no. Que dejen *lo que quieran*.

MAT.—Dejar.

ANT.—Se sobreentiende *dejar*.

JACOBO.—¡Evidente!

JOSÉ.—¿Qué duda cabe?

PERF.—No, no. Para entenderlo está el albacea. Y ustedes transigen con lo que he propuesto o lo adjudico de ese modo.

MAT.—¡Eso es una canallada!

JOSÉ.—¡Un robo!

JACOBO.—¡Una villanía!

ANT.—¡Una estafa! ¡Una verdadera estafa!

PERF.—Puede que sea todo eso; pero como ustedes se lo merecen por tacaños, a eso voy muy complacido. Ustedes resolverán.

MAT.—Resolverá el juez.

ANT.—¡Claro que vamos al pleito!

JOSÉ.— ¡Al pleito, al pleito!

JACOBO.— ¡Inmediatamente; ahora mismo, al juzgado!

PERF.—¿De veras van ustedes a pleitear?

MAT.—¡Y tan de veras!

PERF.—¿Palabra de honor?

JACOBO.— Palabra de honor ¡ya lo creo!

ANT.— ¡Desde aquí, al Juzgado!

PERF.—¿De veras...?

MAT.— ¡Vaya!

PERF.— Gracias, gracias, gracias... No creía yo que fueran ustedes tan buenos para mí...; gracias, gracias.

MAT.—¿Tan buenos?

PERF.— ¡Saturnino... Saturnino! La cláusula décima' cera.

SAT.—(*Leyendo.*)—«Caso de haber pleito, promovido por los herederos, la renta de la parte que se litigue corresponderá al albacea...»

PERF.— ¡Gracias, gracias!

SAT.—(*Leyendo.*)—Hasta que recaiga sentencia definitiva...»

PERF.—¿Sentencia definitiva? El pleito y los incidentes del pleito... No voy a vivir años para disfrutar de tanto...

ANT.— ¡Al pleito, no!

MAT.—¿Y entonces?

(*Una pausa, mirándose unos a otros.*)

SAT.—(*Aparte a Juan Antonio.*) El zorro vuela más que el buitre.

J. ANT.—Puesto que los ha cazado, si debe volar más.

PERF.—En mi opinión de albacea, lo que yo propongo es lo más cómodo, lo más rápido y lo más barato. ¡Ah!, y lo más bondadoso. ¡La nobleza del alma de ustedes dejándole espontáneamente una cantidad así a la pobre desheredada!

(*Otra pausa.*)

ANT.—Lo más barato, si es.

MAT.—¿Tú qué dices, Juan Antonio?

J. ANT.—Lo más rápido, si es.

JOSÉ.— ¡Pero nos roba por segunda vez...!

PERF.—Pues apresúrese, no vaya a ocurrírseme otra idea y les robe la tercera vez.

MAT.—¿Qué dices tú, Jacobo?

JACOBO.—Lo más cómodo, si es.

J. ANT.—¿Aceptamos?

(*Otra pausa.*)

JACOBO.—(*Afligido.*)—Mis niños... mis pobres niños...

MAT.—¡Y ahora mismo a la Notaría para firmarlo!

PERF.—Bueno.

MAT.—Pues decidido. Yo lo acepto.

JACOBO.—(*Triste.*)—Y yo.

ANT.—Y todos.

MAT.—¡Es usted un canalla, don Perfecto!

ANT.—Don Perfecto, es usted un...

PERF.—(*Interrumpiéndole.*)—¡Cuidado! (*Sonriendo.*) Que esta señorita diga lo que se le antoje, yo no le replicaré a una señorita. ¡A ustedes, sí!

MAT.—Yo tendré a gala no hablar jamás con usted... ¡Vamos!

PERF.—Ahora mismo iré yo.

(*Mutis rápido Matilde; los otros salen lentos y cabizbajos.*)

### ESCENA XIII

PERFECTO, SATURNINO Y JUAN ANTONIO.

SAT.—(*Dándole la mano afectuoso.*)—¿Por qué se deja usted llamar ladrón?

PERF.—Porque lo soy para ellos. Ya le advertí a Pacita que cuando yo me lanzara a ser bue-

no, muchos iban a decir que soy muy malo... (*Llamándola*)—¡Paz...! ¡Paz...! ¡Pacita...!

### ESCENA XIV

DICHOS, PAZ, JACINTA, AMBROSIA Y BLAS por la derecha

PAZ.—¡Don Perfecto!

PERF.—Apoderado de almas, habla tú.

SAT.—Los señores herederos...

PERF.—Bondadosamente, cariñosamente...

SAT.—Sí. Los señores herederos, bondadosamente, le dejan a usted diez mil duros cada uno.

PAZ.—(*Encantada.*)—¿Si...?

BLAS—(*B brincando.*)—¡La trampa, la trampa! ¡Ahí está la trampa! ¡No sé dónde está: pero ahí está, señorita!

SAT.—Es muy grande la bondad de ellos...; pero créame, señorita, agradézcaselo usted mucho, mucho, a don Perfecto.

PAZ.—¡A don Perfecto!

JAC.—¿A don Perfecto?

SAT.—Sí.

J. ANT.—Sí. A él sólo.

(*Jacinta avanza y le larga un par de besos sonoros a don Perfecto.*)

PERF.—Ya estoy castigado...

JAC.—¡Ahora sí que le voy a traer a gusto una copita!

PERF.—Gracias, no bebo...

JAC.—¿Que no bebes?

PERF.—No. Empleo los licores para tonificarme. La justicia y la felicidad me tonificaron hoy. No bebo, Jacinta.

PAZ.—(Que habló con Juan Antonio, acercándose.) ¡Cuando yo juro y perjuro que es usted muy bueno!...

PERF.—No confiaba en que se doblegaran tan pronto a mis exigencias, y para que tú no sufieras privaciones yo los he robado, Pacita.

PAZ.—¿Que usted ha robado? ¡No!

PERF.—Sí. El diez por ciento que les quito era y es para ti. Ya lo sabes.

PAZ.—¡No!

J. ANT.—No. Tenemos mucho, mucho más de lo que pensábamos. Quédese usted con eso.

PAZ.—Se lo ruego...

(Cariñoso.)

PERF.—Bien, me lo quedará. En el mundo todo es negocio...Lo que yo ignoraba es que fuera tan gran negocio el ser bueno y ser leal.

PAZ.—Yo ya lo sabía... Para los buenos siem-

pre viene de alguien una bondad... ¿No es muy cierto, Juan Antonio?

J. ANT.—(Abrazándola.)—¡Pacita!

BLAS.—(Abrazándola.)—¡Ahora que no miran, Ambrosia!

PERF.—Jacinta... Abrazame... Para no quedarte yo descabalado, mujer...

(Jacinta lo abraza, y abraza a las tres parejas).

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA